

BLANC ALTEMIR, ANTONIO: *La Unión Europea y el Mediterráneo. De los primeros Acuerdos a la Primavera Árabe*, Tecnos, Madrid, 2012, 284 pp.

El proceso de integración europea no se entiende sin las relaciones que la Unión desarrolla *ad extra* con otros Estados, a las que se ha dedicado de manera especial en los últimos años. En concreto, el Mediterráneo, ese mar que gran parte de sus Estados miembros comparten con otros, se ha convertido en un eje indiscutible de su política exterior, sabedora de que su propia estabilidad también depende de la de esos otros. El profesor Antonio Blanc Altemir es consciente de la importancia de esa proyección exterior, como su trayectoria investigadora, centrada en parte precisamente en las relaciones de la Unión con determinados del Este y Sur de Europa, demuestra (*ad. ex. Europa Oriental: en la encrucijada entre la UE y la Federación Rusa*, ed. por A. Blanc Altemir, Edicions de la Universitat de Lleida, Lleida, 2008; “El conflicto ruso-georgiano y sus efectos en las relaciones de la Federación rusa con la OTAN y la UE”, *Seguridad, defensa y desarrollo en el contexto internacional actual*, coord. por E. López-Jacoiste Díaz, EUNSA, Pamplona, 2010, pp. 265-308 o “El proceso euromediterráneo: una década de luces y sombras”, *Anuario de Derecho Internacional*, vol. 21, 2005, pp. 185-225).

La publicación llega sin duda en momento oportuno, en el marco del proceso de consolidación de la acción exterior de la UE que el Tratado de Lisboa pretende impulsar y con los ecos de la Primavera Árabe aún resonando, pero con una virtud añadida: el paso del tiempo permite juzgar la cuestión con el índice corrector que el realismo ha impuesto y constatar que las esperanzas suscitadas con las primeras revueltas en el mundo árabe se desvanecen cada día un poco más.

El profesor Blanc Altemir hace gala en este libro de los rasgos que habitualmente caracterizan su escritura: claridad, orden en la exposición, lucidez argumental y estructura lineal que permiten al lector construir una visión exacta y ordenada de la cuestión que se plantea. Ocho capítulos dedica a tal fin, culminados por unas conclusiones que resumen de manera clara y concisa el mensaje que creo imbuye todo su libro: la UE ha hecho muchos esfuerzos en reforzar sus relaciones con los países del Mediterráneo, pero aún son insuficientes. Comienza el capítulo I (“Evolución de la Política Mediterránea”) con los primeros y aún tímidos acuerdos celebrados por la UE en la década de los sesenta, las mejoras de los años siguientes y la necesidad que se impuso en la década de los noventa de apostar por esos Estados como contrapeso al refuerzo de las relaciones con los Estados del Este de Europa.

El momento decisivo se dio en 1995 con la Conferencia de Barcelona (y la Declaración allí aprobada), en la que los Estados miembros y 12 países mediterráneos aunaron esfuerzos para cooperar en el terreno de colaboración política y de seguridad, económica y financiera, social, cultural y humana. Y aunque uno de los instrumentos básicos de esa cooperación era la creación de una zona de libre comercio, los objetivos económicos ya no se conciben como el eje principal de las relaciones: los problemas de estos países, complejos y de raíces múltiples, no se limitan al factor económico y sólo

desde la globalidad deben encararse. Las cumbres euromediterráneas que siguieron a la Conferencia de Barcelona continuaron fijando los ámbitos en los que la cooperación se hacía más necesaria intentando además dar respuesta a las necesidades del momento, de manera que temas como el fenómeno terrorista o la promoción de los derechos humanos se convirtieron en referencias ineludibles.

Los Acuerdos Mediterráneos de Asociación, que buscan como objetivo principal crear un espacio euromediterráneo de libre comercio, se han sucedido también en los últimos años, pese a que el autor cuestiona su puesta en marcha, al no fomentar la tan necesaria cooperación Sur-Sur (se limita a la de la UE con los Estados beneficiados) y avanzar con gran lentitud.

Una valoración de conjunto se ofrece en los capítulos III (sobre las luces y sombras del proceso euromediterráneo) y IV (limitaciones y valoración final) en los que, aun sin desmerecer ninguna, se cuestionan algunas de las iniciativas, analizando sus puntos flacos y su efectividad, lo que permite encarar objetivamente la cuestión puesto que a veces su elevado número pudiera hacernos pensar, erróneamente, que también en este caso cantidad equivale a calidad.

Especialmente interesante resulta, a mi modo de ver, el capítulo V, dedicado a la Política Europea de Vecindad (PEV) que desde 2002 rige las relaciones de la UE con el Este y el Sur y que en tan pocos años se ha revelado como básica en las relaciones de la Unión con Estados geográficamente próximos. El Tratado de Lisboa consolidaba esta Política, pero pese a las mejoras en las relaciones económicas y comerciales, son muchos los puntos pendientes (mejora en la persecución de tortura, derechos de la mujer, libertad de expresión, reunión y asociación, consolidación de la democracia...). La Primavera árabe confirmó, además, que era necesario un reenfoque de la PEV, que debía mirar cada vez más a la promoción de estos valores y quizás revisar su planteamiento porque, como el propio autor reconoce (p. 162), la UE “no ha reaccionado con agilidad en las turbulencias del mundo mediterráneo”.

El último eslabón de la cadena de cooperación con los países del *Mare Nostrum* lo constituye la Unión por el Mediterráneo, presentada en 2007 a instancias del Gobierno galo, y a la que se dedica el capítulo VI. No pretendía sustituir al proceso de Barcelona ni a la PEV, sino reforzar vínculos multilaterales en aspectos muy concretos (descontaminación del Mediterráneo, fronteras marítimas y terrestres, protección civil, enseñanza superior, investigación, energías alternativas...) pero “las innegables dosis de voluntarismo político y los grandes esfuerzos diplomáticos desplegados hasta el momento presente, no han producido el efecto deseado” (p. 186). Esta última iniciativa ha debido lidiar con reticencias internas (Alemania) y externas (países árabes), enfrentarse a los últimos enfrentamientos originados en Oriente Próximo (operación Plomo Fundido), a los problemas *primaverales* del mundo árabe y a la crisis económica y financiera, lo que sin duda, como se deja también entrever, son duros retos de los que salir airoso resultaba difícil.

El capítulo VII nos introduce en un enfoque distinto al llevado hasta ahora y obliga a abandonar el hilo argumental seguido hasta este momento, con el objetivo de centrarse en la Primavera árabe y las reacciones de la comunidad internacional. El capítulo es, sin embargo, de gran interés, y denota además, que el autor es gran conocedor de la cuestión. Aunque pueda pecar de exhaustivo en la descripción de los hechos y acaso alejarse a veces del eje principal de la obra, creo que el fin último buscado lo justifica: no hacerlo sería ilógico por la importancia de la cuestión y, sobre todo, porque de no incluirse un análisis del papel de la UE ante estas revueltas la obra hubiera resultado incompleta. Este apartado permite, por lo demás, acercarse a los más recientes conflictos, aún latentes de una u otra manera, originados por la Primavera árabe: la crisis libia y la siria, y valorar, a partir de los hechos y reacciones de la comunidad internacional, el papel de la UE que en general se ha limitado al de actor secundario, lo que nos obliga ineludiblemente a preguntarnos una vez más sobre la eficacia real de todos los planes y programas expuestos en los capítulos anteriores.

Es el autor muy crítico con la política de la UE en el Mediterráneo en general, y si alguna duda persistía, se volatiliza en el capítulo VIII (“¿Hacia una reestructuración de las relaciones euromediterráneas?”), en frases como las revueltas “han cogido por sorpresa a una UE que durante décadas ha apuntalado la autocracia de las riberas sur y este mediterráneas” (p. 253); “han puesto en evidencia lo erróneo de esta política, que ha ignorado sistemáticamente la minoritaria pero combativa disidencia democrática”; la UE se ha visto “sobrepasada” por los acontecimientos (p. 253) y debería “implicarse plenamente en apoyar sin titubeos los procesos democráticos” (p. 256). En definitiva, y comparto plenamente la opinión del profesor Blanc, los valores democráticos y los derechos humanos deben ser, ahora más que nunca, el eje del nuevo enfoque, pero pasando a la práctica de una vez por todas y dejando a un lado las declaraciones formales que constituyeron el grueso del proceso de Barcelona. Las diferentes iniciativas auspiciadas por la UE han dado lugar a resultados modestos, lo que debería forzarla a cuestionarse la necesidad de un mayor compromiso y, sobre todo, a la vista de lo descrito, concentrar sus esfuerzos en iniciativas más concretas, puesto que la multiplicidad actual no genera sino confusión y dispersión de esfuerzos. Si la UE está decidida a relanzar su papel en Política Exterior, el Mediterráneo es sin duda un buen campo de pruebas.

Es en definitiva, la publicación del profesor Blanc Altemir una obra altamente recomendable, actual y que en ningún momento permitirá que el lector se pierda en los vericuetos de las relaciones UE-Mediterráneo, lo que sin duda, y dado que no es fácil lograrlo, se debe al buen planteamiento de la cuestión y al excelente análisis que de la misma se hace.

María José Cervell Hortal
Universidad de Murcia